L. J. Solís Carrillo
C. García Ávila
(*Toluca, México*)

UN ANGLICISMO DE FRECUENCIA EN EL ESPAÑOL DE MÉXICO

El fenómeno de lenguas en contacto tiene que ver con las relaciones interculturales que se manifiestan a través de las lenguas, y puede observarse desde muy distintos ángulos. La traducción representa la manifestación más clara y compleja, de este fenómeno. Si bien el hecho de que cada cultura se expresa en su propia lengua puede suponer el afán de no mostrarse ante el otro, de esconderse tras la ininteligibilidad, gradualmente la traducción se convierte en punto de encuentro y en revelación manifiesta. La traducción es también rincón de los equívocos. Hay una analogía de Sartre, que describe la fusión entre sujeto y objeto, pero que perfectamente puede aplicarse al ejercicio de la traducción: una mano se hunde en un recipiente de miel, le imparte forma y a la vez queda envuelta por la propia miel. La amplitud metafórica se presta para ilustrar el fenómeno de las lenguas en contacto en el ámbito de la traducción [2; 28–29 y 31]. Toda traducción es una forma de conocimiento y —si nos atenemos a la enseñanza de los mitos— no hay conocimiento que devuelva a la parte cognoscente a un estado de prístina inocencia. No nos es dado ser lo que antes éramos. No es posible ser el mismo cuando se ha entrado en contacto con la alteridad de una lengua que a la vez permite, dificulta y cancela la posibilidad de una vía franca y de doble sentido desde el uno hacia el otro.

Si nos detenemos a comparar dos lenguas, como lo hicieron los viejos Vinay y Darbelnet, es fácil caer en la cuenta de una obviedad que, no por ello, deja de sernos útil: en dos lenguas distintas, algo *se dice igual*, *se dice de otra forma* o, incluso, *no se dice*; así se pueden enunciar las tres posibilidades de comparación entre lenguas. En este mundo de los contactos entre lenguas no hay inmunidad ni impunidad posibles [6; 109], menos aun cuando se privilegia el usufructo comercial que puede resultar de los intercambios, como suele ser caso del “dominio” del español y del inglés a uno y otro lados del Río Bravo.

Quien se acerca a la lengua del otro para convertirla en propia corre el riesgo de no dejar su lengua en el estado en el que la encontró; esto, para algunos, como Walter Benjamin, no era un peligro, sino una gozosa obligación y una máxima operativa. Vale la pena recordar sus palabras:

> Toda traducción es sólo un modo más o menos provisional de avenirse con la alteridad de las lenguas. No es el mayor elogio a una traducción, sobre todo en la época de su origen, afirmar que se lee como si hubiera sido escrita originalmente en aquel idioma.

Y añade:

> El error elemental del traductor es que conserva el estado en el cual se encuentra su propia lengua, en lugar de permitir que su lengua sea intensamente afectada por el idioma extranjero (citado en Sontag). [4; 53]

Así pues, al entrar en contacto con las voces del otro nos volvemos ese otro aunque sea de forma precaria y parcial. Este internamiento nos impone nuevas cadencias, ritmos sonidos, extrañas nociones de expresar la temporalidad y el cromatismo, combinaciones inusitadas de categorías gramaticales, impensables en nuestra lengua de procedencia. No es que el traductor no deba dejar su lengua en el estado en el que la encontró antes de traducir, sino que en ocasiones le resulta esencialmente imposible no hacerlo. De nuevo, si nos atenemos a los mitos y a la literatura —que en

más de un sentido son la misma cosa— nunca quien sale de viaje regresa a la aldea siendo el mismo. En consideración de lo antes dicho, quien tema perderse o extrañe las certidumbres del vecindario bien haría en quedarse cómodamente en casa.

Por nuestra parte, quisiéramos detenernos en los efectos del viaje, sin dar recetas contra mal alguno y sin asumir posturas apocalípticas que auguran el fin de la pureza de nuestra lengua. Bien podríamos dar sonoros gritos de alarma porque la perfidia del idioma inglés ha vejado la vulnerable virginidad del español, pero nos abstendremos por completo de tomar esta actitud. Aunque no por ello dejaremos de testimoniar la índole de la influencia del inglés en el español de México.

Por un lado, el contacto entre lenguas que entraña ese encuentro con el otro, puede además de otras cosas, ser muy bello, como sucede con la riqueza obtenida a través del préstamo léxico. Este fenómeno puede darnos voces de las que carecíamos: ¿cómo decir *zanahoria* sin decir zanahoria?, ¿cómo manifestar el cariz de la palabra *chef*, que no encontramos en *cocinero*? Además del préstamo, la traducción puede ser, como forma de encuentro, terreno propicio para el hallazgo inusitado. Juan José Arreola lo expresa en estos términos:

> Cuando el traductor es muy bueno puede recrear […] pero nunca se puede ir de una lengua a otra sin hacer modificaciones. Algo se pierde pero, también, se gana […] porque un idioma tiene, si no correspondencias exactas de matices para dar lo que un poeta expresó originalmente, sí tiene recursos propios, de pronto se pueden hacer hallazgos al traducir un poema [1; 33].

Por otra parte, el encuentro puede empujar a un lado voces que ofrecían la probada familiaridad de lo nativo para desplazarlas con otras superfluas, pero emperifolladas con la seducción de lo exótico y de lo novedoso. Este encuentro también puede —sin que lo advirtamos— restañar la pátina de polvorientas palabrejas. Tal es el caso de la voz *cuan*, de ancestral cepa en nuestra lengua—pero arrumbada en su herrumbrosa suerte—que ahora acude con nuevos bríos a ocupar, más o menos, el lugar que antes merecía por razones de consanguineidad.

Ahora bien la interferencia lingüística puede interpretarse como enriquecimiento cultural o como servilismo traductológico o, incluso, puede dársele el nombre que le asigna Vázquez Ayora [5], el pernicioso fenómeno de los *anglicismos de frecuencia*. Con este término se designa la presencia de elementos léxicos o sintácticos —sin constituir anglicismos propiamente dichos, como la palabra *parking*— cuya frecuente aparición en los textos da como resultado un sabor inusual, o sea, incorrecto, de acuerdo con la norma de uso.

Para hablar de este tema, hemos adoptado como punto de partida esta pregunta: *¿Cuán elegible es usted para aplicar?* Tomamos como premisa la siguiente paradoja: hay palabras españolas que, debido a la presencia de la lengua inglesa, y como resultado del fenómeno de la traducción o de la influencia del inglés en el español (al menos en el que se habla en México) han recobrado un uso mucho más frecuente. Esto último, como se verá, no siempre ocurre en total apego a la prescriptiva gramatical vigente.

Para comenzar, es conveniente echar un vistazo a la Academia de la Lengua Española [3]. De acuerdo con su diccionario electrónico, la palabra *cuan* tiene dos funciones específicas, cuyos usos demarcan perfectamente sus respectivos significados y las reglas de empleo:

cuan.

(Del lat. *quam*).

1. adv. c. excl. p. us. U. para encarecer el grado o la intensidad.

ORTOGR. Escr. con acento. *¡Cuán rápidamente caminan las malas nuevas! No puedes imaginarte cuán desgraciado soy.*

2. adv. correlat. U., en relación con *tan*, en comparaciones de equivalencia o igualdad. *El castigo será tan grande, cuan grande fue la culpa.*

Veamos el asunto por partes. Las abreviaturas *adv. c. excl. p. us. U* quieren decir *adverbio de cantidad exclamativo poco usado.* Aquí entramos ya en el terreno de la frecuencia. La propia nota de la Academia asegura que se trata de un adverbio con un uso relativamente escaso, que sirve para dar mayor énfasis a lo dicho. Así no estaría de más decir:

- **¡Cuán guapas se han puesto las muchachas!**
- **¡Cuán caros están los tomates!**
- **¡Cuán falso fue tu amor, aventurera!**

También nos dice que se escribe con acento. Por otro lado, el segundo uso de la palabra es también adverbial, pero en este caso, correlativo, es decir, que se emplea para establecer relaciones comparativas, por ejemplo. Sólo que entonces la palabra no se escribe con acento. Por eso decimos y escribimos cosas como:

- **El borracho cayó *cuan* largo era.**
- **La penitencia será larga, *cuan* larga es la cuaresma.**
- **Habló *cuan* claro como pudo.**

Por otra parte, aunque nadie niega el valor ponderativo o exclamativo antes señalado, la propia Academia asegura que, en esos casos, es más frecuente el uso de *qué*. Así, diríamos con mayor frecuencia:

- **¡Qué guapas se han puesto las muchachas!**

De igual forma, la Academia aclara que, con poca frecuencia, *cuán* puede emplearse también en enunciados de tipo interrogativo. El ejemplo que propone la Academia es: *«¿Cuán legítimo es considerado un Estado por sus "ciudadanos"?»* Este último punto nos resulta de gran importancia en este trabajo pues, como se verá, cada vez es más frecuente oír y leer enunciados interrogativos que comienzan con la palabra *cuán*. Sin embargo, se nos aclara que esta forma apocopada no puede colocarse antes de los comparativos *mejor, peor, menor, mayor,* etc., ni a los adverbios *más, menos* y *antes.* Sin excepción, en esos casos, es preciso utilizar la forma completa de la palabra cuán, o sea: *cuánto*, con acento gráfico. Por lo antes dicho, la Academia no objetaría:

¿Cuánto menor fue el ingreso de este año?

En el caso de *cuan*, o sea, la forma no acentuada, es más usual reemplazarla por la palabra *como*, y tampoco puede usarse en los comparativos antes señalados. Por eso la Academia no nos reprocharía esto:

La penitencia será larga, *como* larga es la cuaresma (sustitución por como)

Cuanto más estudies, más aprenderás. (NO se admitiría ***cuan más***)

Esto en lo que atañe a la norma. ¿Qué ocurre con el uso en la actualidad? Pues encontramos, con mucha frecuencia, enunciados que se apartan desenfadadamente de la norma y de sus restricciones. Para ilustrar este punto, a continuación presentamos varios ejemplos tomados de distintas páginas de Internet:

Cuan mayor sean las dimensiones de la casa más atenciones y cuidado requería, en el caso de las viviendas grandes y chalés, se requieren hacer varias reformas que nos permitan disfrutar nuestra casa al 100%.

(http://www.abcpedia.com/construccion/iluminacion/exterior.html)

Aunque la Academia diga el empleo de *cuán* en forma de pregunta es poco usual, cada vez encontramos más construcciones interrogativas del tipo:

- **¿Cuán profunda es la caída?** www.elblogsalmon.com
- **¿Cuán Pequeña Puede Ser una Galaxia?** www.amazings.com
- **¿Cuán brillante es el centro de nuestra galaxia?** www.cieloytierra.org
- **¿Cuán ecológicos son los libros digitales?** www.papelenblanco.com

Por otra parte, la Academia dicta que palabras tales como *cuándo*, *dónde*, y la que nos ocupa, son tónicas y se escriben con tilde diacrítica cuando tienen sentido interrogativo o exclamativo. A esto agrega que si estas palabras se encuentran solas o aparecen tras una preposición, introducen oraciones interrogativas o exclamativas directas. El siguiente encabezado no satisface ninguna de las normas de uso de la Academia, pues no es una interrogación directa ni tiene carácter exclamativo:

Todavía no saben cuán grave es la lesión del arquero Hilario Navarro.

Nos parece que el origen de este uso se deriva de una influencia del idioma inglés. En esta lengua no hay nada de extraño en afirmar:

It is not yet known how serious the crisis is.

En el ejemplo anterior, resulta clara la influencia de la palabra *how*. Tal pareciera que la extensión silábica, la ubicación sintáctica, e incluso ciertos aspectos fonéticos, invitan a un traslado imitativo de los usos en inglés. Por esa razón, en esa lengua es posible utilizar el adverbio —con toda la frecuencia que se desee— ya sea en forma exclamativa, interrogativa y de modo directo o indirecto:

Por la misma razón, de acuerdo con la norma, no sería correcto traducir de la manera que se muestra a continuación el enunciado siguiente:

- I didn't know *how* far away it was
- No sabía *cuán* lejano era

Como puede verse, no se trata de un enunciado interrogativo directo ni tiene valor exclamativo con el matiz de intensificar la expresión. La oración en inglés simplemente expresa que se desconocía la distancia desde y hacia algún punto. El traslado imitativo de *how* en oraciones de este tipo daría como resultado lo que se conoce como *anglicismo de frecuencia*.

De ahí el sabor exótico de oraciones como la de una campaña de vacunación, que aparecía hace algunos años en la cadena televisiva *CNN en español*, que dice, palabras más, palabras menos:

No debemos olvidar *cuán* importantes son las vacunas

De ahí también la extrañeza que nos da la siguiente cita, traducida, de un discurso de Barak Obama, y que publica la agencia de noticias *Reuters América latina*:

> **Obama insta a aprobar reforma financiera este año**
> lunes 14 de septiembre
>
> "Un año atrás, vimos crudamente **cómo** los mercados se pueden equivocar, **cómo** la falta de reglas de sentido común puede conducir al exceso y al abuso, **cuán** cerca podemos acercarnos al abismo", dijo Obama […]

El texto siguiente corresponde a la nota original que la misma Reuters publicó en inglés:

> **Obama calls for financial reform this year**
> 2009-09-14
>
> 'One year ago, we saw in stark relief **how** markets can err; **how** a lack of common-sense rules can lead to excess and abuse; **how** close we can come to the brink,' Obama said […]

En el ejemplo anterior, es evidente la presencia de *cuán* como anglicismo de frecuencia o, en su defecto, de *cómo*, con intención exclamativa.

Para terminar, diremos a manera de corolario que la presencia de *cuán* en nuestra lengua ha resurgido —por más extraño que pudiera parecernos— como efecto del contacto entre el inglés y el español; contacto que se manifiesta, entre otros factores, a través del papel de la traducción y de la influencia de los medios de comunicación masiva. Este fenómeno se observa, de un modo por demás claro, en el uso cada vez más frecuente de *cuán* seguido de adjetivo o adverbio, en construcciones interrogativas directas o indirectas. Basten algunos ejemplos, todos ellos ociosamente tomados de Google:

- ¿**Cuán** rápido es *Ruby* en *Linux*?
- Despertar conciencia de **cuán** importante es Latinoamérica
- ¿**Cuán** preparados estamos para evaluar la real situación…
- ¿**Cuán** impunemente se está uno muerto?
- ¿**Cuán** mal está el clima en Latinoamérica y el Caribe?
- ¿**Cuán** digital es su negocio?
- Test Para Determinar Cuan (*sic*) Preparado Está Para Enfrentar…
- La ejecución de un análisis de la confiabilidad en un producto o un sistema debe incluir muchos tipos de exámenes para **determinar cuan** confiable es el ...
- Test para averiguar **cuán** quemados estamos

Aquí hemos presentado solamente el análisis de una palabra que se ha reintroducido al español por medio del contacto entre el inglés y el español que, en el caso de México, se ve intensificado por la ubicación geográfica y por los intercambios comerciales con los Estados Unidos. Parece que el fenómeno de los anglicismos de frecuencia no se detendrá, ya que la traducción que privilegia los

sentidos denotativos tiende a establecer correspondencias uno a uno, sin detenerse a reflexionar acerca de las particularidades gramaticales de una lengua y otra, así como acerca de los matices semánticos que pueden aceptar (o no) ciertas palabras como “conocer”, “elegible” e “aplicar”.

Fuentes y Bibliografía

1. Gómez Haro, Claudia. Arreola y su mundo. Alfaguara y Conaculta: México, 2001.
2. Merleau-Ponty, Maurice. El mundo de la percepción. Taurus. México, 2003.
3. Real Academia Española, Diccionario de la Lengua Española, 22ª ed., en línea. Disponible en: lema.rae.es/drae/
4. Sontag, Susan. “El mundo como la India”, en Letras Libres, Núm. 59. México, 2003. Disponible en: http://www.letraslibres.com/revista/convivio/el-mundo-como-la-india.
5. Vázquez Ayora Gerardo. Introducción a la traductología: curso básico de traducción. George Town University Press. Washington D.C., 1977.
6. Weinreich, Uriel (1970). Languages in Contact. Mouton. París, 1970.

Статья представлена для ознакомления. Полное или частичное копирование запрещено. www.conf.esp-centr.sfedu.ru